

Cartas perdidas de Séneca

Emilio Fernández Espejo

Carta I

Tácito menciona en sus *Anales* (libro XV, 63) que Séneca, filósofo hispanorromano de origen cordobés, escribió unas elocuentes líneas de despedida de este mundo cuando fue empujado al suicidio por orden del emperador Nerón. Tácito por algún motivo no las transcribe, tal vez por considerar que estaban contaminadas por una “execrable superstición” a ojos romanos (*Anales*, libro XV, 44).

Dicha carta ha estado perdida durante siglos, pero en el curso de mis investigaciones sobre textos pitagóricos y estoicos del siglo I en la biblioteca vaticana, encontré un pergamino entre decenas de documentos, que decía lo siguiente:

“Estimados amigos, antes de partir de este mundo he de recordaros un hecho que viví en Egipto, y que ahora, ante la muerte, me estremece.

Hace muchos años, cuando era joven, me encontraba en *Portus Albus*, en la Hispania ulterior frente a Calpe, cuando recibí una carta de mi padre, rogándome encarecidamente que partiera hacia Alejandría, para acompañar a mi tía y a su marido, el precepto Caio Galerio, y así, de paso, huir de las zarpas de los enemigos de los pitagóricos, doctrina que abracé en mi juventud. El viaje se hizo bordeando la costa africana del *Mare Nostrum* y al cabo de una larga travesía divisé la costa egipcia.

Mi estancia en Alejandría fue grata, y tuve acceso a la lectura, en su magnífica biblioteca, de numerosos textos egipcios y griegos. También supuso la oportunidad de viajar por el milenarismo país. En uno de dichos viajes nos dirigimos a la península del Sinaí. La caravana se detuvo en un verde oasis donde la tierra es fértil, se oye el brotar del agua, y las hojas de las palmeras se mueven lentamente acariciadas por el viento del desierto.

Paseé pausadamente entre los árboles y anduve hacia un lugar apartado, donde se divisaba un pozo. Al llegar observé a un joven, de edad similar a la mía y de aspecto judío, que estaba sentado junto al manantial. La sed me invadía y no encontré el medio de recoger el agua para beber y pregunté al peregrino.

—Caro señor, me puedes indicar como obtener agua de este pozo.

Me contestó,

—¿Por qué un ilustrado romano le pide a un judío el medio de obtener agua?

—Mi filosofía no me permite una actitud altiva ante otra persona, sea judío o romano.

—En verdad te digo que tu filosofía es bella, pues busca la felicidad de no hacer daño al prójimo. Veo en ti que vas detrás de verdades en un mundo cambiante, y que persigues calmar un espíritu atormentado por los sufrimientos de este mundo.

Tras estas palabras, adivinó mi origen hispánico y el motivo de mi viaje. Yo me quedé admirado.

—¿Eres un adivino?

—Me llamo *Iesvs* y soy de Galilea. Tú me pides agua para calmar tu sed, pero yo puedo darte agua viva que calmará tu sed por toda la eternidad.

Séneca joven le contestó:

—El hombre es mortal y la eternidad es un sueño, debemos vivir para ahuyentar el sufrimiento y encontrar la apatía de nuestro espíritu. No hay agua viva que calme el espíritu humano.

Iesvs repuso:

—Solo Dios puede ahuyentar el sufrimiento del hombre, pues sólo Él conoce la raíz de todo sufrimiento. El agua viva manará de tu corazón y te conducirá a la eternidad.

—¿A qué dios te refieres?

—Al Dios que es verdad y al que hay que rogar con plegarias de verdad.

—¿Un Dios judío?

—No, el Dios de todos los hombres, sean emperadores, filósofos, gentiles o judíos.

Séneca dijo:

—Mi lealtad está en Roma, y mi deber es seguir a los dioses de Roma.

Ante esto, *Iesvs* contestó,

—En verdad te digo que cuando el emperador de Roma te conduzca donde no quieres, e intente borrar tu nombre y el de tu familia, recordarás mis palabras y creerás en mí. Tu sufrimiento no estará en tu imaginación, sino que será real.

Partí de allí sorprendido y creyéndome en presencia de un santón de los que abundan en estas tierras desérticas, secas, donde el antiguo espíritu de Ra habita. Un iluminado que habla de verdad, eternidad y de su Dios desconocido.

Hoy, tras largos años, se cumple su profecía y Nerón, al que he sido leal, me pide que lo sea hasta la muerte. Ante la parca comprendo quién era ese peregrino, y me atormenta que no bebiera su agua viva.”

Post scriptum. Es posible que este documento fuera leído por algún escritor medieval, pues Giovanni Boccacio y Giovanni Colonna llegaron a afirmar que Séneca se había convertido al cristianismo antes de su suicidio en el año 65 de nuestra era, basándose en su correspondencia.